

RECUPERANDO NUESTRO INTIMIDAD CON DIOS ([Salmo 95:1-8](#))

[Salmo 95:7-8 \(LBLA\)](#)

⁷ Porque Él es nuestro Dios, y nosotros el pueblo de su prado y las ovejas de su mano. Si oís hoy su voz,

⁸ no endurezcáis vuestro corazón como en Meriba, como en el día de Masah en el desierto,

PERDIENDO UN ÍNTIMO SENTIDO de la presencia de Dios es una experiencia aleccionadora. Un estado puede venir como resultado de la rebelión flagrante, o puede ser la culminación de muchas opciones aparentemente menores para resistir un liderazgo claro de Dios. Cualquiera sea la causa, es inquietante a descubrir en nosotros mismos y en otros una creciente dureza de corazón y un desamparo acompañante de recuperarnos de ella.

Muchos creyentes están bajo la creencia errónea de que pueden regresar a la intimidad con el Señor cuando quieren. Ellos creen que la recuperación del compañerismo es únicamente una cuestión de su criterio personal, disponible a la caída de un sombrero. Pero en momentos de búsqueda profunda y tranquila desesperación admiten que falta hasta la voluntad de a sí mismos a regresar a Dios. Llegaron a la sorprendente revelación que debemos llegar a Él en Sus términos y en Su tiempo o no llegaremos a nada.

El motivo subyacente del [Salmo 95](#) es que protegemos contra el endurecimiento de nuestros corazones. Para ilustrar la naturaleza de un estado espiritual tan peligroso, el salmista se refiere a un momento crítico en la historia de Israel. Mientras que las personas estaban en Parán en Cades, Dios instruyó a Moisés para enviar a espías a Canaán vecino, la Tierra Prometida ([Núm. 13](#)). Su informe fue con el propósito de alentar a los israelitas recientemente liberados.

Pero los espías trajeron *desaliento* en su lugar. Con Josué y Caleb como excepciones notables, los espías reconocieron la abundancia de la tierra pero enfocaron principalmente sobre los gigantes, los hijos de Anac, ante el cual los israelitas eran como langostas o saltamontes. Enojados y aterrorizados, la nación judía rechazó las súplicas de Moisés, Josué y Caleb hicieron lo que Dios les había dicho que hicieran. Su rechazo a seguir a Dios trajo Su ira, y la generación desobediente fue condenada a vagar y morir en última instancia en el desierto que habían preferido sobre Canaán.

Después de una noche de reflexión sobre el juicio de Dios, los hijos de Israel se arrepintieron y volvieron a Moisés, expresando la voluntad de entrar y conquistar Canaán. **“Es demasiado tarde”** Moisés les advirtió. Pero se negaron a escucharlo y había montado en una batalla que costó la vida de muchos. La lección fue clara: Dios había abierto una ventana de oportunidad que descuidaron, y su rechazo a obedecer inmediatamente fue costoso.

Sus corazones endurecidos les habían costado a ellos y a sus familias. Dios daría Canaán a otra generación de fe.

Dios llama a los creyentes a la oración. ¡Te está llamando! ¡Me está llamando! Mediante la oración estamos, en un sentido figurado, a ocupar la tierra y disfrutar del fruto de Sus promesas — para llevar a cabo lo que piensa y a salir por fe en Él. Hoy es el mismo Dios que el Dios de Israel, **y la necesidad de obediencia inmediata no ha cambiado. También sin cambios son las consecuencias** cuando somos capaces de obedecer. Con todos los retrasos, las oportunidades se pierden.

UN MAESTRO LLAMANDO

El llamado a la oración pone a prueba nuestra comprensión de Dios. Si lo conocemos a Él, si bien entendemos la verdad acerca de quién es Él y lo que Él desea de nosotros, la oración es una invitación de bienvenida. **¿Podemos pasar por alto Su llamado? ¿Podemos sustituir nuestros propios planes para con los de Dios? Sí, pero no sin consecuencias desastrosas.** ¿Hay algo que Dios aceptará en lugar de una simple obediencia a Él? **No.** Nada en absoluto.

Note el profundo significado de este llamado. La urgencia de nuestra respuesta a cualquier voz está directamente relacionada con el significado personal de quien está llamando. Fíjate en un grupo de madres visitando uno con el otro alrededor de un banco de picnic en un parque lleno de gente. En medio del clamor de niños jugando se sientan tranquilamente hasta que uno de ellos oye la voz de su hijo. Esta es una voz que ella conoce, una llamada que no hará caso omiso.

Él que te está llamando a la oración es su Salvador (**Salmo 95: 1**), su Soberano (**v. 7**), su Sustentador (**v. 4**), su fuente y creador (**vv. 5–6**), y su pastor (**v. 7**). Él mismo se ha encargado de la responsabilidad de su bienestar. **Él es la persona que te llama. ¿Ignora su voz?**

Recuerdo que hace años atrás de una investigación congresional en el que un teniente coronel de los Marines se le preguntó cómo responderá a cualquier solicitud al Presidente de su país. Señaló que su Presidente era también su Comandante y jefe y que ninguna petición, sin embargo ridícula que parezca, sería negada. Él sabía que en términos humanos el Presidente tiene la máxima autoridad para los soldados y ciudadanos estadounidenses. Aquí el salmista no se refiere a un comandante y jefe terrenal, sino a nuestro Señor Soberano, el Dios a quien todos debemos responder y que invita a todos Sus hijos para acercarse a Él en oración.

Notar también el tema de este llamado personal. Con frecuencia cuando hablo en las diferentes extensiones del Seminario Teológico de Covington alrededor del mundo, me preguntan cómo podemos reconocer el llamado de Dios. Mi respuesta es simple. **Conocer es inherente en el llamado. Usted sabe que Dios está hablando contigo.** Dios es un comunicador de gran alcance, y habla con distinción.

Cuando era niño mi madre vendría al frente de la ventana de nuestro apartamento y nos llamaba, “¡entrar y lávese las manos! Es tiempo para cenar”. Algunas cosas fueron evidentes en esa situación. Era *mi* madre. Ella *me* estaba llamando. Yo sabía *lo que* quería. Y sabía que en cuanto a mi madre estaba preocupada, la obediencia era *inmediata* o no era la obediencia.

“Hoy, si escuchara Su voz”, declara el salmista. Cuando Dios habla, sabes que Él está *hablando*. Y en cuanto concierne a Él, la obediencia es inmediata o en absoluto no es obediencia.

Finalmente, note *el sonido particular de este llamado*. A menudo la gente oculta su desobediencia detrás de las faldas de la fingida ignorancia. “No sabía lo que el Señor quería”. Nuestra fe debe venir al nivel de madurez que acepta que Dios nos hace responsables de todas nuestras decisiones. Suficiente conocimiento de Su voluntad está siempre disponible para que podamos responder adecuadamente.

La **“voz”** a que se refiere el salmista no es un sonido sordo, indistinguible. Es el llamado claro de Dios. Como dijo una vez un amigo mío, “hay tiempos cuando yo *creo que* Dios me está hablando. ¡Pero cuando Dios realmente me habla, yo *sé* que es Dios quien está hablando!” De nuevo, Dios es un comunicador claro.

Nuestro Maestro nos llama a orar y a perseverar en la oración. También puede que está abordando otros temas en nuestras vidas. Tal vez la cuestión es nuestra vida devocional — la necesidad de pasar tiempo con regularidad en Su presencia. Quizá tiene que ver con alguna violación de la integridad personal o moral. Podría ser que Él está abordando la cuestión de nuestra mayordomía. O Él podría estar preguntándose qué hacemos ajustes en nuestras relaciones con los demás en nuestros hogares, en nuestros barrios, en la iglesia, o en el trabajo. Sea cual sea la situación particular, el Maestro nos está llamando. **¿Endurecemos nuestros corazones, o le obedeceremos?**